

La reina de las flores

EL salón grande del casino del Club de los Huertos Familiares de Schönbrunn estaba colmado hasta el último lugar. Ninguno de los miembros se había privado del gusto de participar en este evento tradicional, que todos los años tenía lugar el segundo domingo de agosto, asistiendo con la familia entera. Todos ya habían llegado temprano antes del almuerzo, habían guardado sus cosas personales en las cabañitas de sus jardines, arreglando todavía un poco por aquí y por allá en sus pocos metros cuadrados de tierra, pues siempre había algo que ordenar. Luego se dirigieron, felices por el hermoso día de verano que una vez más les fue obsequiado, al casino del club, cuyo salón grande había sido arreglado de modo muy acogedor, para tomar asiento en la mesa reservada a cada familia.

A poca distancia de la pared frontal podía verse el motivo de la reunión de hoy, iluminados por una luz de color amarillento cálido y otra de color violeta, que producían un efecto de frescura: sobre pilares de diferentes alturas lucían orgullosos, primorosos arreglos y ramos de rosas.

Para ser preciso, se trataba de la culminación de la Fiesta de las Rosas, la adjudicación de los premios para el grupo de las téhybridas, la reina indiscutida entre las siete reinas de las flores. Los ojos de los socios no se saciaban ante el esplendor de los colores, por los resultados de sus esfuerzos en los cultivos, muchas veces de varios años. Una y otra vez recorrían el orgullo de su club, desde la Crimson Glory de color carmín oscuro, por los diversos rosados y naranjas, por la amarilla-dorada Sutters Gold, hasta la Silver Star azul-plateada. Claro que se detenían por más tiempo en sus propias creaciones expuestas, comparándolas con conocimiento y autoridad con las de los competidores, para descubrir con agrado eventuales defectos en aquellas. Absorbían con placer el perfume de las rosas que inundaba todo el casino, contra el que ni siquiera el olor del almuerzo comunitario, consistente en cerdo asado con papas y repollo colorado, podía imponerse.

El jurado internacional, integrado como siempre por expertos en rosas de Austria, Suiza y Alemania, había llegado ya el viernes para evaluar los otros seis grupos de rosas directamente en los huertos. Los resultados de sus evaluaciones habían sido colocados en sobres cerrados sobre la mesa de los trofeos. En su centro se levantaba como entronizada, llamando la atención, la copa de oro, tan deseada por cada uno de los treinta y ocho socios. Alrededor de ella se habían colocado con gracia las medallas de reconocimiento y las copas para los tres primeros lugares de cada grupo.

Hoy, los integrantes del jurado habían retomado su labor ya a las diez de la mañana, examinando el crecimiento, la abundancia de la floración, el colorido; aspiraron profundamente una y otra vez el perfume de las flores, para poder otorgarles el puntaje correcto, anotando después su opinión en los formularios previstos para ello. Con caras serias e impenetrables se movían de un pilar al otro. Si hubieran tenido algún sentimiento en especial, de ninguna manera lo hubieran dejado traslucir, porque aquí se trataba de criterios de valores objetivos y de aceptación general, en los que las emociones únicamente hubieran desviado la observación de lo correcto, lo verdadero. Cada uno de ellos también había pasado expresamente por alto los guantes de cuero fino pero fuerte que habían sido puestos a su disposición. Por lo pronto eran suficientemente expertos como para saber cómo tocar las rosas sin herirse con sus espinas.

A las dos de la tarde habrían finalizado sus observaciones, retirándose para deliberar y dar a conocer, a la hora quince, el resultado del Concurso de Rosas de este año.

Al pequeño Thorsten, que ahora ya tenía tres años y medio y hasta el momento era su hijo único, sus padres lo habían traído, como lo hacían usualmente. El papá de Thorsten había tenido la gran suerte de acceder a una de las parcelas tan codiciadas que había pertenecido a su padre, de quien también había heredado el amor por las rosas. Un año atrás había sido votado para integrar la comisión directiva como secretario, y por eso ocupaba ahora un lugar en la primera fila de las mesas.

Pasaba cada fin de semana en la pequeña parcela de tierra. Esto tampoco había cambiado cuando nació su hijo, ya que querían iniciarlo desde pequeño en esta hermosa tradición familiar.

Se tornó un poco más difícil una vez que Thorsten aprendió a caminar, cuando, como todos los niños de esa edad, quiso comenzar a descubrir el mundo y por eso, viviendo las necesidades del momento, debió experimentar una y otra vez, a menudo también con dolor, que esta empresa se tornaría en un camino espinoso. ¿Por qué no podía pisar sobre esa linda tierra, blanda y mullida, y debía permanecer sobre las piedras duras que estaban colocadas entre los canteros?

¿Por qué su padre le prohibía rastrear una lombriz que había desaparecido en la tierra justo al lado de un rosal? ¿Por qué sus padres se enojaron tanto aquella vez, cuando había juntado todo un baldecito de capullos de rosas frescas para ver lo que se escondía en ellos?

Por eso a menudo no le quedaba otra cosa que gritar al mundo su protesta por tanta incompreensión y contra las palmadas sobre su trasero acolchado por los pañales.

"El niño algún día me va a volver loco", había dicho el padre más o menos un año atrás, cuando Thorsten había caído, tan corto como era, dentro del cantero donde crecía la Max Graf, una rosa rastrera que cubría todo el suelo, y se había rasguñado terriblemente la cara, los brazos y las manos. El padre, por supuesto, no había notado que su hijo solamente quería jugar con una mariposa de hermosos colores que se había posado en una de las flores.

Desde entonces, a Thorsten no le gustaban más las rosas; evitaba acercarse a los canteros, se quedaba sobre las piedras, ya no arrancaba capullos o flores y tampoco aplanaba la tierra donde su padre la había acumulado para cubrir el injerto en las raíces.

En su lugar daba a conocer a todo el mundo su aburrimiento con frecuentes gritos y llantos y se oponía cada vez más a pasar los fines de semana en el huerto.

Su comportamiento mejoró de golpe, cuando la Comisión Directiva del Club, por sugerencia del padre de Thorsten, quien había articulado esta repentina idea, hizo construir junto al casino del Club una pequeña cancha con juegos infantiles, consistente en un arenero, armazones para trepar, un columpio y una báscula. Inesperadamente se había descubierto que había un considerable número de pequeños que habían demostrado una conducta similar a la de Thorsten.

Tampoco hoy, nada había podido retenerlo dentro del casino. Prefería en todo caso estar afuera, al calor del sol, en esta isla dentro de la ciudad, para sentir cómo la arena se escurre lentamente entre los dedos, cómo en un columpio se puede volar bien alto, casi hasta las nubes, y cómo el barco—báscula entra a un temporal impresionante.

En cuanto hubo terminado el almuerzo, en el que sin ganas apenas había comido algo, corrió hacia afuera para continuar construyendo su castillo feudal en el arenero. De vez en cuando miraba a los demás niños que estaban ocupados en las más diversas actividades. Casualmente, su mirada cayó en el césped delante del edificio del casino y se fijó en un mirlo, cómo hacía allí dos o tres saltitos y dando picotazos con increíble rapidez cazaba lombrices y pequeños insectos. Quería ver eso más de cerca. Sin hacer ruido y con mucho cuidado fue moviéndose, paso a paso, en dirección al mirlo; pero cuando se hubo acercado a casi diez metros, el pajarito levantó vuelo y se sentó en la copa de un árbol, porque como pájaro no se puede confiar en el hombre.

Decepcionado, Thorsten estaba a punto de volverse, cuando repentinamente algo nuevo, sorprendente, captó su atención. Normalmente el césped estaba cortado bien corto, asemejándose a una alfombra verde. Pero hoy, quizás por los preparativos exhaustivos para la Fiesta de las Rosas, el encargado había olvidado cortarlo. Una innumerable cantidad de pequeñas margaritas habían aprovechado esta corta posibilidad de vida, volviendo sus caritas al sol. Thorsten se aproximó muy cerca, pisó el césped, se puso en cuclillas, arrancó una de esas florcitas y la miró detenidamente, como nunca antes había observado una flor. ¡Qué aterciopelado era su tallo, qué suave se sentía su acolchado centro amarillo al tocarlo, cómo los pétalos formaban una corona de rayos alrededor de ese acolchado!

Y de repente, Thorsten comenzó a arrancar más de esas pequeñas margaritas, una, otra y más y más, hasta que finalmente no entraban más en su mano. Cubriéndola con la otra para no perder ninguna flor, regresó corriendo lo más rápido que pudo al casino.

En el preciso momento en que entraba ruidosamente por la puerta al salón grande, el presidente estaba a punto de iniciar su importante discurso. Por eso, todos los presentes oyeron cuando Thorsten gritó: "¡Mamá, mamá, mira!".

El presidente volvió a cerrar su boca, la mamá sintió cómo algo empezó a arder en su cuerpo; estaba sentada ruborizándose profundamente, sin saber adónde mirar. El padre fue arrebatado de su atención concentrada y su mirada cortante parecía querer atravesar a Thorsten. ¡Que justamente su hijo haya tenido que perturbar este momento tan solemne!

Pero a Thorsten nada de esto le importaba. Corrió hasta su madre parándose delante de ella. Sin que ella pudiera decir algo, de pronto vio cómo de sus pequeñas manos llovían estrellas en su falda, y en sus grandes ojos con los que la miraba en silencio descubrió el resplandor del cielo.